

# RICARDO PIGLIA

## Introducción general a la crítica de mí mismo

Conversaciones con Horacio Tarcus  
Prólogo de María Moreno

# La Paz



# Lorraine



siglo veintiuno  
editores



# Índice

<b>Piglia, Tarcus y yo</b>	<b>7</b>
<i>María Moreno</i>	
<b>Ricardo Piglia: retrato del artista</b>	<b>13</b>
<i>Horacio Tarcus</i>	
<b>Introducción general a la crítica de mí mismo</b>	<b>19</b>
Conversaciones de Ricardo Piglia con Horacio Tarcus	
Anarquismo adolescente y estudiantina platense	21
Entre Marx y Chandler	26
El clima intelectual en La Plata de los primeros años sesenta	30
Marx y la historia	33
<i>La Revista de la Liberación</i> , trotskismo y maoísmo	36
Compañero de ruta en <i>El Escarabajo de Oro</i>	47
La experiencia de <i>Literatura y Sociedad</i>	52
De profesión editor	57
El encuentro con la generación de <i>Contorno</i>	63
Rodolfo Walsh, crisis literaria y fuga hacia la política	68
<i>Los Libros</i> : maoísmo y estructuralismo	88
Compromiso intelectual y militancia política	95
<i>Punto de Vista</i> : salir del sótano	106

6 Introducción general a la crítica de mí mismo

La izquierda intelectual	130
El repliegue del intelectual frente a la cultura de masas	134
Política, literatura e historia	140

**Textos juveniles de Ricardo Piglia** **145**

**Nota del editor** **221**

# Prólogo

## Piglia, Tarcus y yo

María Moreno

Las luces de la sala se habían apagado. No recuerdo la película, pero debía ser una de esas que era preciso haber visto para quedar incluido dentro de los hábitos culturales de la izquierda, aunque –estoy segura– no se trataba del cine Lorraine. Lo que sé es que, perturbada por la presencia de Ricardo Piglia unas filas más adelante, me retrasaba en levantarme y dirigirme a la salida. Apenas lo conocía a través de la banda de la revista *Literal* (no todos: Luis Gusmán, Germán García, Osvaldo Lamborghini), que solían encontrarse al mediodía en bares situados en los alrededores de la librería Martín Fierro, donde Gusmán trabajaba y convocaba visitas que todavía no eran ilustres.

Pero todos ellos ya habían publicado sus primeros libros, mientras que yo era un satélite punk, sin obra e infantilmente querellante. A veces venía Piglia, a quien yo tenía miedo: Germán, entonces más cerca de Miller (Henry) que de Miller (Jacques-Alain, y no es la primera vez que hago este chiste), lo llamaba “el superyó político”.

Piglia estaba en el cine con una mujer vestida de rosa y medias verdes –suelo recordar esas cosas porque durante muchos años fui cronista social– que por alguna razón identifiqué como extranjera. Yo seguía sin levantarme (no quería tener a Piglia a mis espaldas), mientras que él permanecía sentado aunque los créditos ya habían desaparecido (que daba bien detenerse a reflexionar, para un cantado debate

posterior). Luego la pareja se levantó y se dirigió a la salida. Por suerte no me vieron, pensé, hasta que vi un impermeable doblado en su butaca. Tímida, se lo alcancé balbuceando no sé qué cosa. Él me dijo: “Qué linda escena para una novela”. Me pareció ridículo; sin embargo, poco antes, mientras corría para alcanzarlo, había pensado en probarme el impermeable. Solo ahora pienso que el impermeable era una prenda mítica para la literatura. Representaba al espía, al investigador, al doble agente, a Boogie el aceitoso. Y yo no me lo puse entonces, ignorando que es la pieza más literaria para un escritor, tal vez la única que propone un deseo de la ficción peligrosa y de la crítica como pesquisa.

### **La conversación como biografía oral**

Recuerdo un reportaje que le hice a Horacio Tarcus en ocasión de la salida de su libro *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”, 1870-1976*. Como en la escena del cine con Piglia, la *realidad inventaba* y mientras Horacio iba diciendo los nombres, que evocaban la Rusia para el futuro comunista, se largó a nevar como en San Petersburgo.

Esta conversación se grabó en un entrañable Sanyo de microcassette. No es la versión oral de *Los diarios de Emilio Renzi*, sino la memoria detallada y chismosa de los sesenta y setenta, años en que Piglia fundó y participó en revistas que reflejan los debates de la izquierda, su figura siempre disidente con las convenciones, sus desacuerdos que siempre lo dejaban en un lugar extraño y vanguardista, aunque le disgustara esta palabra: un trotskista que entroniza a Puig, un maoísta que lee a Raymond Chandler y James Hadley Chase, un solitario que camina por la calle Santa Fe mientras sus compañeros cami-

nan hacia Ezeiza para recibir al general, un militante de Vanguardia Comunista que se reúne con sus compañeros en un camión de mudanzas, un lector emperrado en leer las obras completas de Sarmiento en plena dictadura y en la Biblioteca Nacional, un reacio a dialogar con el Estado aunque se haya vuelto a la democracia, un disidente que no se toma en serio la candidatura a intendente de David Viñas, que proponía que en los semáforos la luz roja indicara avanzar.

Cada revista es un documento sobre las evoluciones ideológicas de Piglia hasta que pasó a la clandestinidad a la manera de la carta robada, en una universidad de los Estados Unidos, evitando ser un rostro de los medios masivos, la buena conciencia, bajo la figura de lo que Horacio Tarcus llama “izquierdólogo”.

Horacio es una especie de comisario Croce que expone sus pruebas en los archivos del CeDInCI, mediante recordatorios puntuales como *Revista de la Liberación*, *Literatura y Sociedad*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *No Transar*, *Desacuerdo*, *Los Libros*, *Punto de Vista*, *Cuadernos Rojos*, proponiendo a Piglia como hombre ilustrado que aspira a ser el editor de su propia biografía, del mismo modo que en los diferentes lugares en los que vivió –Adrogué, Mar del Plata, La Plata, Buenos Aires, Princeton– se inventó un yo diferente: lo confiesa Piglia con el tono de canchero del que conoce bien sus propias picarescas.

\* \* \*

En Piglia, cada amistad es lo contrario a una afinidad, es una querella que no termina por definirse, que crece sin apagarse en un vencedor y un vencido, que suele cobijar diferencias irreductibles y, cuando la separación se produce, el silencio jamás se interrumpe (esa es la prueba mayor de toda amistad apasionada, quizás más que el amor). Las amistades están

organizadas por el pase de rituales de lectura: *da de leer*, o *le es dado*, y así se recibe el nombre de un libro como en una especie de comunión. Como ese pibe del que no recuerda el nombre que, en La Plata, le discute desde el marxismo mientras él es un pichón de anarquista formado en la biblioteca de su novia Susana en Adrogué. O ese Luis Díaz que lo lleva a conocer a Luis Franco, al que Piglia enfrenta sin darle la razón, aunque vuelve a su casa convertido al marxismo. Otros nombres: Silvio Frondizi, Boleslao Lewin, Nicolás Sánchez-Albornoz.

Para Ricardo Piglia los bares de las ciudades en que vivió fueron también escritorio abierto –allí escribió los borradores de sus novelas, tomó apuntes para las colecciones de libros que dirigió, bosquejó ensayos destinados a las revistas literarias de las que participó–, sala de encuentro con otros conspiradores de la trama cultural y política –David Viñas, Roberto Jacoby, Héctor Schmucler...–, biblioteca personal –para leer de Dostoievski a García Márquez o estudiar el fetichismo en *El capital* de Marx– y refugio de activista como cuando, durante una manifestación de protesta contra la invasión estadounidense a Santo Domingo, ante el ataque de los cosacos, corrió desde Congreso hasta La Ópera. En La Modelo, una cervecería de La Plata, junto a José Sazbón, ese autodidacta señalado como sabedor de Leibniz, lee *El capital* en reuniones que empiezan a las 2 de la tarde y se prolongan con cerveza tirada hasta el anochecer. Por su palabra aporoteñada en exceso, como suele sucederles a los que no son porteños, poco correcto o sin autocorregirse dice “minas” o “boludeces” como si se editara como “reo” (un sueño intelectual, después de todo).

Piglia se atreve a relatar la amistad pudorosa con Rodolfo Walsh –ambos parecen mirarse el uno en el otro– para luego concluir que, si Andrés Rivera escribe los comunicados internos de Sitrac-Sitram y al mismo tiempo no descuida su obra, Walsh huye de la escritura porque tiene una crisis como ar-



tista y que la militancia, en cambio, es un mundo seguro con reglas específicas –aunque pueda llevar a la muerte–, y entonces se le impone. Tal vez, para Walsh, la militancia fuera mera resistencia a la escritura; entonces, el proyecto político sería la verdadera evasión de un deseo que insiste, una y otra vez, pero se derrama en la letanía de sus obstáculos. Ese sería, en realidad, el origen de un eterno proyecto de simetría –entre el escritor político y el “artístico”, entre el escritor y el periodista, entre el político y el escritor– para el que había soñado una y otra vez una organización que le permitiera ejercerlo en una especie de *sistema de turnos*.

\* \* \*

En la charla con Tarcus –mientras le reprocha no tener en el CeDInCI *Cuadernos Rojos*–, Piglia deschava los verdaderos secretos de la izquierda, las financiaciones de *El Escarabajo de Oro* y también de *Punto de Vista*, que se sobrepone a la caída del Comité Central de Vanguardia Comunista –que la financia– para sostener una memorable resistencia en la revista misma, en reuniones de discusión y en conferencias.

Hoy los cambios de adscripción política se leen como oportunismo o diletantismo. En esos años de ebullición intelectual, de literatura como compromiso, de Revolución Cubana o Mayo del 68 –que terminó demostrando que, bajo los adoquines, había más adoquines y no la playa–, las mutaciones eran al ritmo de ráfaga, pero en la misma dirección: la izquierda radicalizada. Toto Schmucler pasó del marxismo al montonerismo; Beatriz Sarlo, del peronismo católico al maoísmo; Piglia, del anarquismo al trotskismo y, de ahí, al maoísmo, siempre con la pulsión entusiasta de discutirlo todo como si cada vez dijera: “Pero ¿y más allá?”.

Si Walsh estaba obsesionado con la novela del futuro y lidiaba angustiosamente con la propia –sus papeles fueron de-

saparecidos de su casa de San Vicente por “la patota”–, Piglia se obsesiona con la figura del lector. Será por eso que persistió sin contradicciones entre su vida política y su vida de escritor. ¿Acaso el Che, en una gruta de Bolivia, sentado a horcajadas sobre un árbol, cerca de los víveres y las municiones, no leía a León Felipe?

Esta conversación rescata el tono, la cadencia y la risa de la voz de Piglia; podemos imaginarla memoriosa y cachadora, sin vacilaciones, aun que fuera un hombre tímido.

En sus últimos días, casi totalmente paralizado por la ELA, salvo el ojo izquierdo y una sonrisa que, apenas esbozada en una comisura de la boca, reservaba para los amigos, escribía con el Tobii, un hardware que le permitía hacerlo con la mirada. Decía sentirse como un soldado: todavía le cabía su definición del lector: “El que está aislado, el sedentario en medio de la marcha de la historia, contrapuesto al político. El lector como el que persevera, sosegado, en el desciframiento de los signos. El que construye el sentido en el aislamiento y en la soledad. Fuera de cualquier contexto, en medio de cualquier situación, por la fuerza de su propia determinación. Intransigente, pedagogo de sí mismo y de todos, no pierde nunca la convicción absoluta de la verdad que ha descifrado”.

# Ricardo Piglia: retrato del artista

Horacio Tarcus

Tres meses después de que el CeDInCI abriera sus puertas en una vieja casona porteña de la calle Sarmiento 3433, Ricardo Piglia llegó una tarde de visita. Seguramente fue por recomendación de su amigo José Sazbón, que nos había acompañado desde el momento mismo de la inauguración, en abril de 1998. Ricardo recorrió conmigo las por entonces apenas dos (y únicas) salas de depósito de nuestro acervo, y se detuvo particularmente en los estantes que sostenían la colección de revistas culturales argentinas de las décadas de 1960 y 1970. “Es aquí donde hay que buscar la riqueza cultural de la Argentina” –me dijo de pronto–. “Si hay algo que los argentinos hicimos bien, fue esto”.

A medida que descubría nuevos títulos, su entusiasmo crecía. Durante una hora o más, fue sacando con cuidado las revistas de los estantes, y se demoró repasando ejemplar por ejemplar. Para cada título rememoraba alguna historia, traía a cuento una anécdota graciosa, trazaba un rápido perfil del editor, develaba algún seudónimo, identificaba con precisión una orientación política. Como estábamos de pie, me resultaba imposible tomar nota de esos relatos preciosos que permitían reconstruir la trama de esas redes político-intelectuales. Entonces, le propuse hacer una entrevista grabada en la que, con el material a la vista, pudiera ir relatándome su propio itinerario entrelazado con la historia de esas publicaciones.

Volvió pocos días después, una tarde de julio de 1998. Lo esperé con las revistas desplegadas sobre mi escritorio. El pacto inicial fue que yo no haría pública la entrevista: sería solo un insumo para mis propias investigaciones sobre la cultura marxista de las décadas de 1960 y 1970. Comenzamos con su historia familiar, los años del colegio secundario, las primeras lecturas, la llegada a la Universidad Nacional de La Plata. Grabamos durante casi una hora las dos caras de un microcassette de un equipito de periodista Sanyo. Esa noche, cuando volví a casa, me encontré con un extenso y cálido mensaje en el contestador telefónico. “Hola, Horacio, te habla Ricardo. Mirá, quería decirte que hoy me sentí muy cómodo contándote todas esas historias. Si querés, sigamos adelante con otros encuentros. En una de esas, después hacemos algo con esas grabaciones”.

Los encuentros –a los que se sumó Ana Longoni– se fueron sucediendo a lo largo de los cuatro años siguientes, siempre en el segundo semestre (si mal no recuerdo, se daban cuando Ricardo y Beba volvían de su periplo en Princeton). Pero no siempre encontrábamos el tiempo y el espacio para grabar. El CeDInCI bullía de actividades, y mi oficina estaba siempre asediada por visitantes que entraban y salían. La grabación delata chirridos de puertas que se abren y se cierran. Algunos intrusos no dudaban en sumarse a la conversación. Yo me desesperaba ante cada interrupción, pero Ricardo se entregaba complacido a todas esas derivas. A veces, irrumpían amigos suyos, como Arcadio Díaz Quiñones, Neil Larsen o Germán L. García, a quienes él mismo había convocado para que nos visitasen. O eran amigos en común, como Roberto Jacoby y José Fernández Vega.

De esas conversaciones nació la idea de ofrecer en el CeDInCI una conferencia sobre el Che que retomaba temas de un seminario que Ricardo venía de dictar en la Universidad de Princeton. Fue en esa misma vieja sede del

CeDInCI del barrio del Abasto donde pronunció, el 10 de noviembre de 2000, la conferencia “Ernesto Guevara, el último lector”. Años después, en diciembre de 2004, dimos a conocer una versión desgrabada en el n° 4 de nuestra revista, *Políticas de la Memoria*: las imágenes que ilustran el texto eran copia de unas fotografías que Ricardo iba desplegando a lo largo de la charla, donde se veía al Che en distintas situaciones de lectura. Ricardo después incluyó el texto de esa conferencia en su libro *El último lector*, que publicó Anagrama de Barcelona.<sup>1</sup>

Ya en el segundo semestre de 2001, logramos grabar otros dos encuentros de una hora, uno en julio y otro a fines de septiembre. Estábamos en las postrimerías del gobierno de Fernando de la Rúa, y la Argentina parecía al borde del derrumbe. En cierto momento, irrumpió en la sala Blas de Santos y también disparó una pregunta. La oscilación entre el “vos” y el “ustedes” se debe a estos interlocutores cambiantes. Ricardo respondió sin reservas a todas las preguntas, mostrando una gran desenvoltura. En estas últimas grabaciones se refirió expresamente a la publicación de la entrevista y al final, nos regaló incluso el título.

Ricardo llegó a leer una desgrabación en crudo de estos tres encuentros. Me manifestó su satisfacción por el resultado e incluso anunciamos su publicación en *Políticas de la Memoria* para el año 2002. Pero después de meditarlo un poco me pidió posponerla a la publicación de *Los diarios de Emilio Renzi*. Como es sabido, el tercer y último volumen de *Los diarios...* apareció en 2017, pocos meses después de que Ricardo

1 Ricardo Piglia, “Ernesto Guevara, el último lector”, *Políticas de la Memoria*, n° 4, Buenos Aires, 2004, pp. 11-32; y *El último lector*, Barcelona, Anagrama, 2006.

falleciera.<sup>2</sup> De modo que recién en 2019, respetando su voluntad, me decidí a dar a conocer estas conversaciones iniciadas hace un cuarto de siglo. Fue también en *Políticas de la Memoria*, que para entonces alcanzaba el n° 19.

Tengo la convicción de que las entrevistas ofrecen un plus respecto de *Los diarios...* y de lo publicado hasta ahora sobre Ricardo Piglia. Si bien se repiten ciertos acontecimientos, determinadas anécdotas y algunas personas, aquí se encuentran tramados en narrativas que pertenecen a otro género —precisamente, el de la entrevista—, y creo que cobran una nueva significación. *Los diarios de Emilio Renzi* son una versión literaria de los cuadernos que Ricardo Piglia fue escribiendo a lo largo de su vida. En este diálogo, en cambio, Piglia habla en primera persona y sin la máscara ni la estilización de Renzi. También aquí relata minuciosamente su vida, pero lo hace en ese género diverso, estableciendo otro pacto de lectura, teniendo a la vista otros interlocutores. En las entrevistas, nos habla como escritor, pero sobre todo como intelectual, recurriendo casi siempre a su tiempo verbal preferido, el presente histórico, para ofrecernos una lectura de la trama política de la literatura argentina. Además, en estos diálogos se anuncian en escorzo obras que aparecieron varios años después, así como proyectos que no llegó a concretar.

Respecto de la transcripción de nuestras conversaciones, si bien Ricardo no alcanzó a editarlas ni corregirlas, amigos comunes me instaron a hacerlas públicas tal como quedaron grabadas. Opté, finalmente, por preservar el tono con que los encuentros se desarrollaron entonces. No me sentí con el derecho de morigerar algunas expresiones coloquiales,

2 Ricardo Piglia, *Los diarios de Emilio Renzi*, t. I, *Años de formación*, Barcelona, Anagrama, 2015; t. II, *Los años felices*, Barcelona, Anagrama, 2016; y t. III, *Un día en la vida*, Barcelona, Anagrama, 2017.

tampoco con el de omitir los nombres propios, ni siquiera cuando los juicios eran mordaces. Me esforcé por ser lo más fiel posible a ese Piglia oral. Antes que preocupado por la corrección política, me propuse respetar y transmitir aquel clima reflexivo de distendida confianza, en que la modalidad asertiva fue dejando lugar a los interrogantes que a menudo matizaban la conclusión de una oración (“¿no?”), al suspenso de las frases inconclusas, al humor y a la complicidad que campeó en esos encuentros. Solo omití un breve párrafo sobre la construcción ficcional de un personaje, en que Ricardo desliza expresamente, con una sonrisa: “Esto se los digo a ustedes, no me vayan a deschavar”.

Como queda dicho, las revistas culturales argentinas de las décadas de 1960 y 1970 fueron el punto de partida del presente diálogo. A lo largo de los encuentros, Piglia se refiere a algunos de sus artículos aparecidos en *El Escarabajo de Oro*, *Literatura y Sociedad*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo* y *Los Libros* como jalones de su itinerario intelectual. Cuando proyectamos darle a este intercambio forma de libro, Ricardo aceptó de buen grado la propuesta de incluir como anexo algunos de esos textos juveniles, de modo que la presente edición buscó recuperar esa iniciativa.

\* \* \*

Quiero agradecer a Beba Eguía, compañera de Piglia, su apoyo a la hora de dar a conocer este testimonio; y a José Fernández Vega la lectura atenta y los consejos amistosos para mejorar esta edición. Dejo constancia de que la transcripción, las notas al pie, las palabras entre corchetes, el título y los subtítulos de los diálogos con Ricardo Piglia son de mi exclusiva responsabilidad.